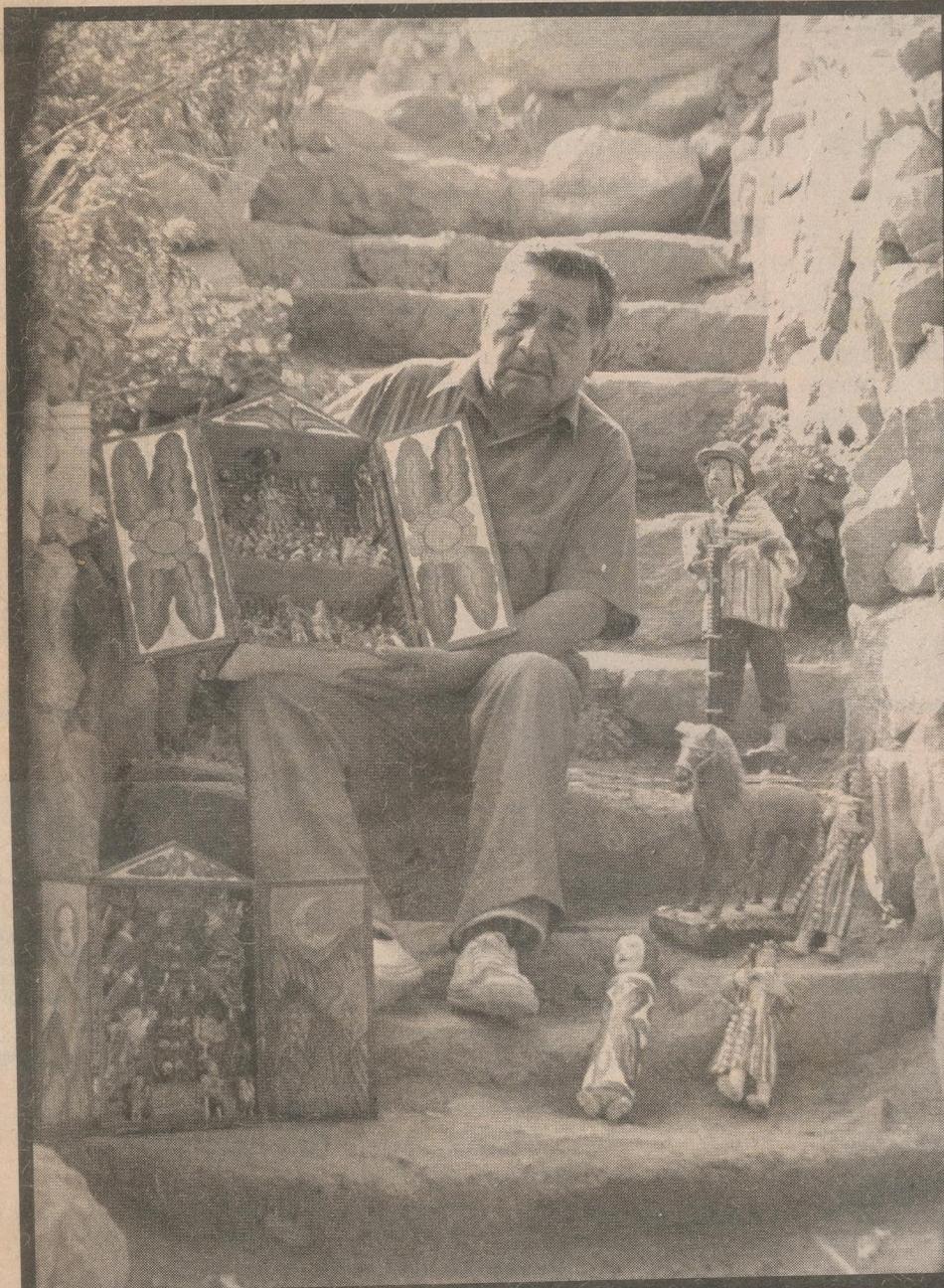


FOTOS: ADRIÁN PORTUGAL/CORREO



“LAS CONDECORACIONES no se comen”, nos ha dicho con sinceridad este estupendo artesano, cuyas manos van conectadas al corazón y a la memoria



Desde su taller, nuestro retablista más destacado y recientemente nombrado Patrimonio Nacional en Vida por el INC, el mismo que ha recorrido Estados Unidos, casi toda Europa y Asia, arrasando con premios y medallas gracias a su enorme talento, habla de las contradicciones del ser artista en el tercer mundo.

Magoo de la masa



GABRIELA GARCÍA
 CRÓNICAS

Dicen que los retablos representan montañas que nos abren sus puertas internas. Jesús Urbano Rojas los fabrica y su casa parece también formar parte de un enorme retablo ayacuchano, pero en la cima de un soleado cerro de Huampaní. Esa imagen habla de magia y humildad. Urbano ha recibido el *honoris causa* de la Universidad de San Marcos y fue galardonado por Belaunde con la Cruz de la Orden del Sol, pero nunca ha salido de la pobreza.

“Mi vida ha sido profunda y triste”, dice con ese particular orgullo serrano por el do-

lor. Confiesa que fue feliz de muy niño, pero que conoció el hambre cuando huyó de su casa en Huanta a los 12 años, cuando los golpes empezaron. Su historia de retablista comienza cuando pisa la ciudad de Huamanga, sin un centavo. Ahí aprendió a sembrar rosas en las mañanas y a amasar panes por las tardes. Y fue gracias a las flores —pues solía regalarlas a quien se lo pidiera— que conoció al gran retablista ayacuchano Joaquín López. Y fue gracias a los panes que ejercitó sus manos para el gran oficio que le esperaba: el de recrear el mundo en figurillas de papa amasada y yeso.

Aprendizaje

“Mi maestro era muy severo”, recuerda Urbano. **“Por meses me hizo sólo enderezar clavos viejos. Mis dedos se ponían verdes”,** asegura. Pasaron años para que las primeras revelaciones sobre aquellas cajas de madera con puertas, flores, animales, dioses y mortales se abrieran ante Urbano. Y el primer paso fue un singular rito de iniciación en el que tuvo que beber el líquido resultante de despintar y lijar una antigua mesa, propiedad de la abuela de su maestro. **“Te has tomado la esencia de mis antepasados. Ya está en tu sangre”,** le explicó Joaquín López.

“Ahora puedes hacer retablos, pero no en serie. Jamás como si fueran los panes que amasas”, le advirtió. Y Urbano cumplió el encargo con tanta prolijidad y arte, que pronto igualó a su mentor y de paso se ganó su enemistad. **“Pero la cólera le pasó después porque le brindé a mi maestro una cosecha de maíz que yo mismo sembré”,** cuenta el alumno agradecido.

El mejor

López murió en 1983 y Urbano es sin duda el retablista más grande que le queda al Perú, aunque el derrame cerebral del que recién se está recuperando le ha dejado una leve cojera y le hace aún temblar las manos. En agosto, el Instituto Nacional de Cultura nombró Patrimonio Cultural en Vida a este artista que tuvo que huir de Ayacucho ensangrentado, que perdió a uno de sus hijos por el terrorismo, que abandonó la escuela de artesanos que había fundado y el programa radial que conducía en quechua, y que a cambio nos ha llenado sólo de orgullo.